



SAURA EN PARIS

«Un verdadero libro ilustrado no consiste en depositar imágenes a lo largo de un texto de la misma forma en que se dejan flores ante una tumba o arenilla a lo largo de una pallada. Es, al contrario, una pasión que prende y se forma ante un escritor y un artista: es la historia de amor, la convivencia pasional de dos espíritus. Cuando Antonio Saura, pintor español de finales del siglo XX, se topa con Quevedo, poeta español de la primera mitad del siglo XVII, sucede algo que no es simplemente el encuentro de un texto antiguo con litografías modernas, sino mucho más: una deflagración en forma de hermoso libro, por una vez completo y necesario; un cañonazo de la inteligencia que imprime sus estigmas en la arquitectura perenne de una obra marcada por la integridad».

Así presenta Claude Roy la exposición de Antonio Saura en París. En la Galería Stadler muestra Saura su libro de cuarenta y dos litografías que ilustran algunos textos de los «Sueños», de Quevedo, seleccionados por el propio Saura.

«Para Saura, Quevedo no es una

figura venerable de la galería de los antepasados en el palacio de la cultura, es un compañero para la travesía de la Historia, un hermano subversivo, un cómplice del espíritu».

—¿Está de acuerdo con esta explicación de Claude Roy, Saura?

—Sí; ya de niños, los «Sueños», de Quevedo, eran mi lectura preferida, y después comprobé su actualidad; esas mujeres, esos pícaros, los encontramos diariamente en Madrid, en Barcelona...

—Como dijo uno de sus críticos, continúa fustigando las taras de la sociedad...

—Si es así, es involuntario; para mí, lo importante es dejar huellas, actuar. Yo no hago arte de protesta, tal como se define últimamente; si haciendo lo que a mí me gusta resulta una obra crítica, tanto mejor. Pero, ante todo, no es eso. Creo que arte y vida van unidos. Es decir, no creo que ninguna forma de expresión artística sea algo además de la vida. Hay que realizarlo siguiendo el proceso de la vida misma. Por otra parte, soy muy pesimista en cuanto a la importancia

de la obra de arte. «Cambiar la vida», dijo Rimbaud; para mí, la obra de arte no tiene ese valor explosivo. En cambio, los artistas sí... La obra de arte puede ayudar, pero no es el mejor medio. Por lo menos, no es el más inmediato.

—Sus ideas sobre el papel del artista en la sociedad parecen contradictorias con la elaboración del libro que expone hoy aquí, sumamente lujoso, en una edición limitada que irá a las bibliotecas de los millonarios.

—Efectivamente, es un problema que se plantea a menudo al artista plástico: realizar una obra que pueda llegar a una gran cantidad de gente. El artista actual no puede desentenderse de los procedimientos —grabados, litografía, aguafuertes—, que adquieren cada vez más importancia. En Cuba se han hecho intentos muy válidos para multiplicar la obra de arte. Por ejemplo, se practica la serigrafía: El artista escoge una obra, que se reproduce semimecánicamente en muchos ejemplares. También se realizan cuadros en dimensiones colosales a partir de un boceto escogido por el

artista; son cuadros que miden cinco o seis metros. Se multiplican estas obras como murales, lo cual plantea una problemática muy diferente del concepto del mural, incluso antagonico del mural tradicional tal como se concibe en México. Aparte de esto, también se han hecho intentos en Cuba, tales como decorar latas de conserva, de galletas, cajas de caramelos. En este proyecto yo participé bastante, y se recurrió a artistas de categoría internacional, como Miró, Lam, Matta, Tapiés..., que se prestaron a decorar simplemente una caja de galletas de metal. Y esas cajas se editan en cantidades enormes. La gente las colecciona; yo las he visto en los bohíos, colgadas en las paredes como obras de arte. Pero, volviendo a su pregunta, es triste, en efecto, que una obra así, que hice con tanto entusiasmo y costó un esfuerzo enorme, vaya solamente a docientas cincuenta personas que pueden permitirse el lujo de pagar este libro, que es carísimo. La solución sería hacer un facsímil editado por procedimientos mecánicos, y yo creo que se podrá realizar pronto.

... el milagro
de la obra
lograda...



—Y siguiendo con su obra, ¿qué le falta por hacer en pintura?

—¿Qué me falta por hacer? Muchas cosas. Llevo un año trabajando en este libro, y hace mucho que no pinto nada. Ahora estoy preparando una serie de pinturas en papel y otra de cuadros. Y una vez más compruebo lo difícil que es pintar. Un cuadro es siempre una aventura; hay que empezar por colocarse en la situación del buzo; ponerse la escafandra para penetrar en un mundo desconocido...

—... El desconocido ante la tela blanca...

—Eso es; el ser más solitario del mundo es el pintor ante un cuadro sin empezar, tener que llenarlo con algo.

—¿Y cómo se encuentra «algo»?

—Yo empiezo utilizando imágenes que obedecen a obsesiones, arquetipos que tengo muy anclados. Por eso el número de imágenes que utilizo es reducido, y eso explica que se repitan en series. Partiendo de esa imagen, aún poco concreta, que me servirá de estructura, lanzo sobre ella gestos y manchas que pueden provocar el accidente, es decir, encontrar el camino que puede llevar al milagro, la obra terminada.

—¿Qué es un cuadro logrado?

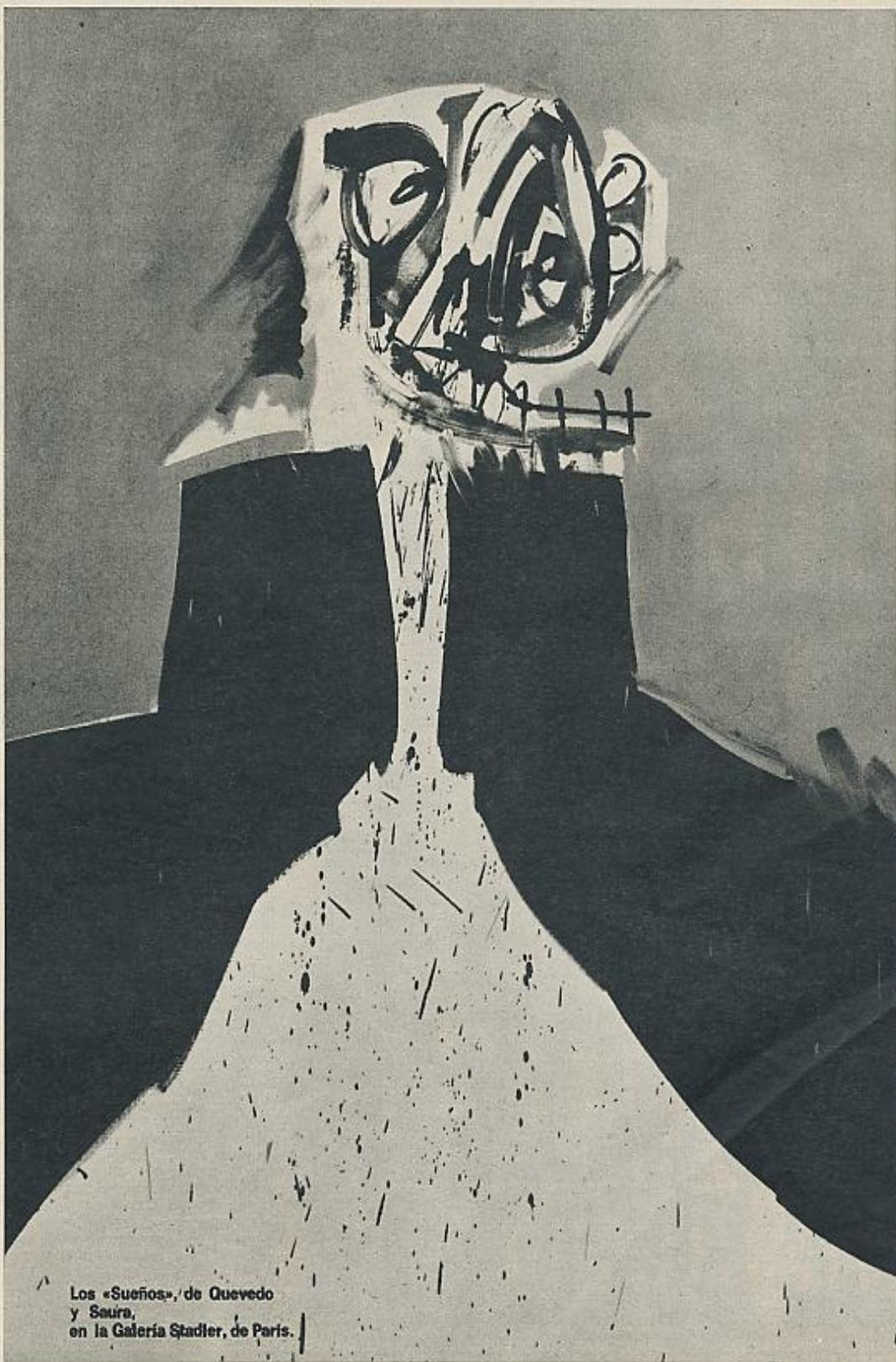
—Un cuadro es como un campo de batalla o una cama donde uno se debate. Se consigue cuando uno logra mantenerse en estado de alerta, con la inteligencia despierta cuando se produce el «accidente», para poder llevar el impulso a buen término. Para mí no hay buen cuadro sin ritmo.

—¿Los logra usted todos?

—No; yo destruyo mucho. Después de pintar un cuadro, lo escondo y me paso varios meses sin verlo. Al descubrirlo de nuevo, pueden suceder tres cosas: que me siga gustando y considere el cuadro logrado, apareciendo entonces la idea del milagro; que piense que es susceptible de correcciones y las haga, o bien que me parezca un desastre o un semidesastre, en cuyo caso lo destruyo inmediatamente con un martillo, para no caer en la tentación de arreglarlo.

—El grabado, la litografía, no permite muchos arreglos...

—Eso era lo que tenía de apasionante el libro de los «Sueños», lo que me llevó a hacerlo, pues, además de las dificultades de cada dibujo, tenía que hacer las planchas de cada página al mismo tiempo, por no poder separarlas. Todo esto forma parte de una aventura; yo no trabajo sobre seguro, me gusta estar al borde del abismo, me gusta el riesgo en lo que hago. ■ RAMON LUIS CHAO.



Los «Sueños», de Quevedo
y Saura,
en la Galería Stadler, de París.